

FEBRERO DE 1996: ÚLTIMO COLOQUIO FRANCÉS EN EL QUE PARTICIPÓ AUGUSTO ROA BASTOS

Carla Fernandes¹⁴

En febrero de 1996, a sus 79 años de edad, conocí a Augusto Roa Bastos. El grupo latinoamericanista CRLA-Archivos de Poitiers, dirigido en aquel entonces por Fernando Moreno, organizaba el que sería, hasta hace poco,¹⁵ el último coloquio internacional realizado en Francia y dedicado a la obra de Roa Bastos, más precisamente a «La obra posterior a *Yo el Supremo*».¹⁶ Con la difusión del programa, descubrí que sería un coloquio particular, no solamente por su tema, sino porque el autor había sido invitado y cerraría el encuentro con una ponencia titulada «El texto ausente».

Desde 1987 y la redacción de mi tesina de maestría sobre *Hijo de hombre* no había dejado de analizar la obra de Augusto Roa Bastos, y más particularmente cómo se entretrejan en ella escritura y oralidad, hasta que defendí mi tesis de doctorado en junio de 1995. En la

14 Catedrática en la Universidad Bordeaux Montaigne. Autora de numerosos artículos sobre cultura y literatura latinoamericana —Miguel Ángel Asturias, Laura Esquivel, Carlos Fuentes, Yuri Herrera, Elena Poniatowska, Jorge Luis Borges y Alan Pauls— y entre ellos varios sobre Paraguay —la obra de Augusto Roa Bastos, Susy Delgado, Lourdes Espínola, Renée Ferrer, Susana Gertopán, Jacobo Rauskin—. Publicó los siguientes libros: *Augusto Roa Bastos: écriture et oralité* (París: L'Harmattan, 2001), *Fronteras de la literatura paraguaya. La obra de Renée Ferrer* (Asunción: Arandurá, 2006), *Ecritures du mal. La boîte de Pandore* (París: CNED/PUF, 2010), *El hacedor de Jorge Luis Borges: des textes à l'œuvre* (Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, 2015), *D'oublis et d'abandons. Notes sur l'Amérique latine* (Binges: Orbis Tertius, 2017).

15 El 5 y 6 de octubre de 2017 la Universidad Bordeaux Montaigne (AMERIBERGRIAL) organizó el congreso internacional «Un siglo de Augusto Roa Bastos: 1917-2017» con motivo del centenario del nacimiento del escritor paraguayo. Las actas de ese coloquio han sido publicadas por la Universidad de Alcalá de Henares: *Un siglo de Augusto Roa Bastos (1917-2017)*. Disponible en: <https://www.unebook.es/es/ebook/un-siglo-de-augusto-roa-bastos-1917-2017_E0002650386>.

16 Moreno, Fernando (ed.). *Augusto Roa Bastos: la obra posterior a Yo el Supremo*. Poitiers: CRLA-Archivos, 1999.

década del noventa realicé varios viajes de investigación a Paraguay. Augusto Roa Bastos vivía en Toulouse con su segunda familia, pero nunca me atreví a escribirle para pedirle una entrevista, considerando que tendría tiempo de hacerlo más tarde.

En el coloquio de Poitiers, además del autor, estuvieron presentes la mayor parte de sus críticos desde 1976, fecha de su llegada a la Universidad de Toulouse-Le Mirail; habían escrito y publicado sobre la obra roabastiana: Jean Andreu, Milagros Ezquerro, Fernando Moreno, Nicasio Perera San Martín, Alain Sicard, Paco Tovar y dos doctorandas de mi generación, que seguían con la redacción de su tesis sobre Roa: Christine Maurin (bajo la dirección de Alain Sicard) y Adélaïde de Chatellus (bajo la dirección de Milagros Ezquerro). Ambas lo entrevistaron antes de que se abriera el coloquio y me confirmaron, que sí había llegado con Iris Giménez y que sí estaría presente para escuchar nuestras ponencias al día siguiente.

Efectivamente, recuerdo que Augusto Roa Bastos llegó, caminando muy lentamente, saludó a todos amablemente y se sentó a escuchar con paciencia e interés las ponencias que cada uno iba presentando sobre su obra. Hizo algunos comentarios que nos parecieron esclarecedores e importantísimos. Pero ahora, al escribir este corto texto, me acuerdo sobre todo de sus manos cruzadas, de su mirada y de su voz. Roa Bastos tenía una mirada de escritor: visionaria, llena de luz y de potencia, que parecía desmentir su edad y la inmovilidad de su cuerpo. Tenía una voz cálida y tan magnética como su mirada. Hablaba como escribía y viceversa, y esa sensación aumentó en mí cuando lo escuché leer el que sería su último ensayo presentado en Francia: «El texto ausente».

A lo largo de ese encuentro académico, su actitud para con los presentes, amigos de largos años o desconocidos, fue de una entrañable cortesía y demostró un auténtico interés ante la lectura crítica de sus novelas más recientes: *Vigilia del almirante*, *El fiscal*, *Contravida*, que sería seguida poco después por *Madama Sui*. Intercambiamos algunas palabras después de mi ponencia y sus comentarios fueron generosos. Me dejó su dirección —todavía no era tan común, como ahora, el correo electrónico— y me pidió que le mandara los tres tomos de mi tesis doctoral y el texto de la ponencia, por cortesía más que por interés, pensé en aquel momento. Pero a los pocos días me llegó una carta desde Toulouse escrita por Augusto Roa Bastos. Escribía sus cartas a máquina y añadía a mano las letras que falta-

ban o tachaba elegantemente las que sobraban. Eran cartas escritas, leídas y corregidas, como lo haría sin duda con todos sus textos desde siempre. Expresaban sus palabras, su «emoción intelectual y afectiva» y prolongaban la reflexión que yo había propuesto sobre su «poética de las variaciones», analizada como «una poética de las repeticiones» aunque él prefería hablar de «texto ausente» como se ve en este fragmento de la carta:

[...] es la primera vez que alguien sitúa con precisión de exacto saber y profunda sensibilidad una aporía, según bien la denomina, como la del texto ausente, y la oposición tal vez falsa, en todo caso no dialéctica, entre escritura y oralidad, fuera del contexto de una cultura multiétnica y plurilingüe, deformada por el fenómeno de la diglosia, que usted analizó con acertado criterio lingüístico, antropológico y psicosocial.

Su intervención y ahora la relectura de su ponencia —oyendo como aquella tarde la voz de su exposición, completamente identificada con ella— me han clarificado las preocupaciones relativas al «texto ausente» en mi oficio de escritor de ficciones que continúa trabajando en el espacio mítico y lingüístico de su tierra natal a pesar del prolongado exilio y a pesar, sobre todo, del permanente intento de proyectar las esencias locales a su dimensión universal. La aporía se desvanece efectivamente cuando usted la pone de pie en el contexto de una estructura oral y en la significación más pragmática de una poética de las repeticiones cambiando con un leve toque el sentido de lo que yo llamo una «poética de las variaciones». Repetición o variación, ambas tienden a la movilidad de las estructuras internas de la expresión como acontece en el lenguaje oral. Tiene usted razón. Le agradezco este oportuno giro copernicano con el que ha puesto las cosas en su lugar. Solo tal vez querría explicarle lo que desde un comienzo de mi obra se me impuso, acaso inconscientemente o instintivamente, como una modalidad de mi producción textual: variar o repetir lo ya dicho, escrito, leído, olvidado. Usted ha notado esto con mucha perspicacia. Sobre todo a partir de *Yo el Supremo* en una curva que culmina en *Contravida* y se acentúa en *Madama Sui*, dos obras, dos historias de vida, autónomas y diferentes, pero que entroncan en sus protagonistas, y que tal vez por ello me dan ahora —después de escritas— la sensación de una sola novela bifronte. Y estamos de nuevo en el mito del *pytayovai*, o mejor dicho del autor *pytayovai*, que usted caracterizó acertadamente como formando parte de la escritura del «doble».

El principio simple que me indujo a esta actitud reductiva o deconstructiva radicó en la creencia de que las variaciones o repeti-

ciones, como en los palimpsestos, anulan, niegan o de-construyen las inscripciones (aun lo contado de la misma manera, literalmente, anula y niega lo anterior). Las variaciones o repeticiones establecen una nueva marca o huella liberada de la coacción del primer sentido o significado y se erigen en signos del vacío o de la soledad de un pueblo, de un individuo, en perpetua peregrinación, acosados por la fatalidad. No es un principio irrefutable ni reconfortante. No es más que la opción de un destino, una manera de ser y de hacer en la vida, en la literatura, tocadas por una cierta cosmovisión que proviene acaso del mundo de la oralidad en una cultura di-lingüe, cerrada y aislada sobre sí misma.¹⁷

Este fragmento epistolar recuerda, oportunamente, que Augusto Roa Bastos forma parte de los escritores que no solo escriben obras de ficción, sino que son capaces de llevar a cabo una reflexión sobre su obra y sobre la literatura en general.

La «emoción intelectual y afectiva» experimentada, en palabras de Roa, a lo largo del encuentro académico que vengo evocando se debe también a que el autor paraguayo, en un momento vivencial conflictivo, se estaba despidiendo de dos décadas de vida en Francia donde su segundo exilio había empezado en 1976, cuando llegó a Toulouse-Le Mirail como profesor de literatura y lengua guaraní: 1976-1996, dos décadas, un ciclo. En junio de 1996, Augusto Roa Bastos ya había regresado a Asunción. No se movería más de la «ciudad-país», como la llamaba, y ahí murió, en trágicas y tristes circunstancias, el 26 de abril de 2005.

17 Fragmento de una carta escrita por Augusto Roa Bastos en Toulouse, el 24 de febrero de 1996 y enviada a Carla Fernandes.